A.P.C.E.
SIG.: 1.26/758

CUARTILLAS DE PARIS

EUGENIO CHIESA

Por CARLOS ESPLÁ

Como Blasco Ibáñez, Eugenio Chiesa ha muerto en el destierro. En un día lluvioso, que lloraba sobre la infinita tristeza de la muerte de un proscrito, hemos seguido su cadáver por las melancólicas avenidas del Père-Lachaise. Ha sido incinerado, como lo fué Estévanez en este mismo cementerio. Cercanas están sus cenizas.

El jefe del partido republicano italiano era una noble figura de político romántico. Su vida fué una batalla continua, una lucha ardiente y generosa por la libertad. Chiesa fué un idealista y un hombre de acción. Había fundado, en sus años mozos, «L'Italia del Popolo», que sigue siendo ahora, editado en París, el órgano de los desterrados republicanos. Sus campañas periodísticas le valieron innumerables procesos. Fué condenado en 1898 a 12 años de prisión por un consejo de guerra, con el viejo Turati, que ahora ha firmado el acta de incineración de su antiguo compañero de condena. ¡Admirable vejez la de Turati, el desterrado; vida recta, ejemplar, como la de Chiesa!

Tres años de exilio en París sufrió Chiesa a raíz de aquella condena. Los republicanos de Carrara le abrieron de nuevo las puertas de su patria, lo eligieron diputado. Fué desde su escaño un implacable fiscal contra la corrupción política y administrativa. Chiesa era el hombre honrado, insobornable, a lo Pi y Margall, a lo Pablo Iglesias, a lo Castrovido. Defendía la moralidad pública. Ni amenazas ni sarcasmos ni calumnias ni duelos detenían su pluma, ahogaban su voz. Combatió el nacionalismo de Crispi, denunció la política europea de la Triple Alianza. Llegada la guerra, fué un ferviente intervencionista aliadófilo. Se batió con varios generales. Decidida la entrada de Italia al lado de los aliados, marchó al frente, voluntario, como simple soldado a pesar de sus años. Sin renunciar a sus ideas republicanas formó parte, como ministro de la Aviación de un gobierno de unión nacional, A él se debe la organización de la aeronáutica italiana. Mantuvo vigorosamente los principios democráticos y liberales en la confusión ideológica de la post-guerra, entre las amenazas comunistas y fascistas. Después de la marcha sobre Roma, Mussolini vió alzarse frente a él a este acusador austero. Fué él quien lanzó en la Cámara, cuando se supo el asesinato de Matteotti, el apóstrofe histórico: «El gobierno se calla. ¡Es la prueba de su complicidad!» Conoció a partir de ese momento todos los horrores de la persecución fascista. Luchó en Italia mientras hubo una posibilidad de lucha. En 1926 tuvo que decidirse a abandonar su patria para continuarla desde el extranjero. A pié, en invierno, entre las nieves de los Alpes austriacos, donde fué recogido desvanecido el anciano Chiesa marchó a su segundo destierro.

Lo conocí en París, en el viejo caserón donde tiene sus oficinas la Concentración antifascista. El venerable patriarca republicano se interesaba mucho por las cosas de España. Me llamaba con frecuencia para que le informase de nuestras luchas, de nuestra posibilidad de triunfo. Puso su gran influencia, su gran autoridad entre los políticos de izquierda franceses al servicio de los desterrados españoles. Quería la alianza, la solidaridad de los republicanos italianos y españoles. Asistió a la comida de despedida que los republicanos italianos ofrecieron a Eduardo Ortega y Gasset, cuando éste regresó a España. «¡Feliz usted que podrá continuar la lucha en su patria!», le dijo emocionado y optimista.

Hace algunos días sufrió un ataque cardiaco. Sus amigos se alarmaron. Chiesa tenía 67 años. Le aconsejaron que descansara en el campo. «El descanso es la muerte», comentó tristemente. Aun telegrafió, desde su retiro, al Congreso de La Liga italiana de los Derechos del Hombre: «Y, sobre todo, pensad en la acción».

Ha muerto diez minutos antes de que llegasen sus dos hijas de Italia para darle el supremo adiós. Una de ellas, vacilando sobre sus piernas, se ha acercado, en el cementerio, a la urna que encierra sus cenizas y ha besado desesperadamente la reliquia. Había en el silencio de cuantos presenciamos la patética escena, en las lágrimas de los desterrados italianos, una angustia dramática.

CARLOS ESPLÁ

París, junio.